

## REFLEXIONES SOBRE ALGUNOS INDICADORES SOCIOECONÓMICOS<sup>1</sup>

**BOUZIANE SEMMOUD**  
Universidad de París 8

Este ensayo, concebido más como introducción a un debate que como un inventario exhaustivo de indicadores, forma parte de la contribución colectiva de la red Redamed a la comprensión de la cuenca mediterránea no sólo como un concentrado de desigualdades a escalas distintas, sino también como lugar de vida y evolución de las sociedades. La proximidad geográfica entre países y sociedades con niveles de desarrollo y de renta tan contrastados suscita con fuerza el problema de su apreciación: despierta una fascinación que vienen a confortar unos discursos políticos, tan recurrentes como irreales, sobre la posibilidad de aproximación de los países del Sur al “pelotón” de los países desarrollados, según se decía hace algún tiempo, o sólo al de los países “emergentes”, como se dice ahora, una categoría más admirada por sus logros económicos que por sus avances humanos, políticos o ambientales. De este modo, en el Mediterráneo cristalizan las dificultades de comparación a las que se enfrentan instituciones internacionales e investigadores, y que se añaden a las más generales relacionadas con las evoluciones del mundo contemporáneo, como la irrupción del “desarrollo sostenible”. Nos interesaremos, en particular, por los indicadores que nos informan sobre el “bienestar” de las poblaciones, una noción completamente relativa.

### *El PIB y sus mejoras*

A pesar de sus limitaciones, El PIB sigue siendo el indicador más utilizado. A menudo preside tanto artículos periodísticos como discursos que captan la atención mediante fórmulas tales como “un PIB de dos dígitos” como prueba de la “excelente” salud de una determinada economía. Nunca tanto como ahora, ni éste ni los demás indicadores económicos que entran en su composición habían constituido un punto de fijación de los regímenes políticos del Sur del Mediterráneo, deseosos de obtener las bendiciones de los actores internacionales y de atraer las inversiones extranjeras que se suponen portadoras de más crecimiento y empleo, y en consecuencia de bienestar. No obstante, al PIB se le reprocha que no tome en cuenta más que la riqueza material producida, incluida sólo la fracción de los servicios que se expresa en moneda. La propia riqueza material suscita una distinción de calado. Puede resultar de una producción mercantil originada por la transformación o el valor añadido a un bien (industria, producción agrícola...) o de la producción de un servicio basada en el conocimiento, o bien de la simple extracción de un recurso mineral comercializado en estado bruto o después de una primera transformación, y cuyo valor oscila al albur de los volátiles cursos que fijan los grupos que dominan el mercado mundial. En ambos casos, sin duda, el crecimiento del PIB suele traer consigo una mejora del bienestar, al permitir la creación de empleo o un aumento de la remuneración del trabajo y, más frecuentemente, de otras formas de redistribución (por ejemplo, el mantenimiento de subvenciones en el Sur o dispositivos de ayuda al empleo en el Norte) susceptibles de reducir la pobreza, a poco que no creamos ciegamente en las virtudes del liberalismo: “la mejora de la situación de los pobres no sólo depende de que se mantenga el crecimiento, también es parte constitutiva de este crecimiento” (Salama y Valier, 1994: p. 9). Sin embargo, los países productores de petróleo y de gas de las riberas Sur y Este del Mediterráneo, al igual que los de la península arábiga, presentan curvas extremadamente fluctuantes que pueden evolucionar desde la opulencia a una crisis grave (Arabia Saudí) o al hundimiento (Argelia en relación con los hidrocarburos y, en menor medida, Marruecos con respecto a los fosfatos), como sucedió entre mediados de los años 80 y 2000. Una consecuencia concreta es el drástico debilitamiento de la acción de los estados,

---

<sup>1</sup> Traducido del francés por Arón Cohen.

particularmente en el ámbito de los servicios públicos, y por ende un retroceso del bienestar general de las poblaciones, o en muchos casos sería más adecuado decir una agravación del “malestar”, así como la exacerbación de las desigualdades sociales, dado que las categorías favorecidas, ricas o enriquecidas en los *nichos* que les brinda el liberalismo, no suelen mostrarse dispuestas a compartir los efectos de la crisis y mantienen su nivel de absorción de la renta. De este modo, pronto quedan anulados los efectos del periodo de “opulencia”.

Si en el Este y en parte en el Sureste de Asia parece haber funcionado hasta hace poco la relación mecánica entre crecimiento y aumento generalizado de la renta (sin prejuzgar la evolución de las desigualdades), no parece haber sido éste el caso al Sur y al Este del Mediterráneo. En la ribera Norte, dispositivos a veces muy complejos tienden a favorecer esta relación<sup>2</sup>, o por lo menos a evitar que se produzca un descuelgue de las categorías más vulnerables, casi siempre sometidas a la presión de actores sociales. En círculos asociativos franceses se viene reclamando una distinción entre el aumento de la renta resultante del mero crecimiento y el que pueda imputarse a las acciones voluntaristas de los poderes públicos para luchar contra la pobreza en sus diferentes formas, de modo que el “indicador de pobreza” expresado en moneda que propone la comisaría de solidaridades activas se complemente con otros que permitan el seguimiento y evaluación de estas acciones<sup>3</sup>. En la ribera Sur, crecimientos del 5 o el 6% como los registrados por Egipto o Túnez se han acompañado, en el primer caso, de una fuerte progresión de la pobreza, y en el segundo de una considerable erosión de las clases medias, “orgullo” del régimen. La liberalización económica (casos de Egipto, Argelia o Siria), su profundización en países tradicionalmente conservadores en el plano económico (como Marruecos, Jordania o Líbano), el abandono progresivo pero generalizado de los dispositivos de apoyo a las poblaciones más vulnerables (productos alimentarios y medicamentos subvencionados, acceso gratuito o casi gratuito a la atención sanitaria y servicios sociales básicos), y, en general, la drástica reducción de las transferencias sociales traen consigo una desigualdad creciente en el acceso a los “beneficios” del crecimiento, y por consiguiente, para la mayoría, una correlación entre crecimiento económico y agravación del malestar. Sin embargo, las situaciones varían dependiendo de la coyuntura económica y de la eficacia de los dispositivos de lucha contra la pobreza, que no deja de haber. Incluso en los países que no carecen de recursos, el discurso ya no es el del desarrollo sino el de la lucha contra la exclusión y la pobreza, como si el subdesarrollo social fuera una fatalidad.

Apoyada en su programa de relanzamiento económico (10.000 millones de \$ entre 2000 y 2004 y 140.000 millones de 2005 a 2009) y coincidiendo con el aumento de sus recursos financieros, Argelia se ha dotado de un programa de solidaridad nacional que debería consumir 10% del PIB. Incluye dispositivos de acceso al empleo: apoyo al empleo de los jóvenes, microcréditos... Pero ha sido tachado de ineficaz (los más pesimistas cifran en el 25% la tasa de realización del primer plan de relanzamiento) y en ocasiones socialmente poco equitativo (favores para acceder al crédito), burocrático y restrictivo, reducido a veces a una forma de asistencia.

En Marruecos, la Iniciativa Nacional para el Desarrollo Humano (INDH) lanzada en mayo de 2005, dos años después de los atentados de Casablanca, se presenta como un instrumento de lucha contra la violencia extremista mediante la reducción de la pobreza, concretamente en el medio rural, pero sus objetivos contrastan con la mediocridad de los

---

<sup>2</sup> Mínimos sociales, ayudas a la creación de empresas, lucha contra la inflación, inserción profesional... Con todo, estos dispositivos sólo pueden amortiguar el choque de la *desalarización* de la sociedad que reviste múltiples formas: *externalización* de actividades empresariales y desarrollo del trabajo autónomo o temporal, extensión del trabajo a tiempo parcial, etc.

<sup>3</sup> *Le Monde*, 7/05/2008: Emmanuelle Chevallereau, “Un baromètre de la pauvreté pour évaluer l’action publique”.

compromisos públicos previstos (1.100 millones de \$, el 20% de financiación exterior en 5 años, para una población de 5,5 millones de personas) y se compone de acciones (redes de agua potable y electricidad, carreteras, empleo juvenil y asistencia a personas en dificultades) que corresponden al ámbito de la actuación ordinaria de los poderes públicos. Se trata sobre todo de un nuevo intento de reagrupación social, mediante el efecto del anuncio, en torno a la monarquía alauí.

Las fuerzas de oposición de la sociedad civil son reducidas: es el caso de Egipto, donde el indicador de pobreza propuesto en 2005, en vísperas de las elecciones presidenciales, asociado a la noción de “*tharwa*” –que se traduce por patrimonio o por fortuna (!)–, tiende a atenuar lo que se ha erigido en un fenómeno para los movimientos contestatarios que se apoyan en los datos del PNUD para demostrar su extensión. La elección de este indicador se justifica por la falta de datos fiables sobre los ingresos y los gastos de consumo. En Argelia, la última encuesta nacional sobre el consumo de los hogares es de 1995. El reciente estudio sobre la pobreza realizado en este país en colaboración con el PNUD es en realidad una aproximación cartográfica a las desigualdades territoriales a escala de las comunas; no incluye los ingresos de los hogares, interesándose más bien por la pobreza humana a través del acceso a los servicios básicos, complementado con la ratio de riqueza comunal, que informa sobre la capacidad de respuesta por parte de los poderes públicos a la demanda en la materia. En Túnez, el Instituto Nacional de Estadística sigue realizando encuestas sobre el consumo de los hogares: se reprocha a la última de ellas (de 2005, publicada en 2008) la falta de datos que puedan dar cuenta del avance de la pauperización y la definición de unos umbrales que aportan un suplemento de credibilidad al régimen: toda persona con ingresos iguales o superiores al salario mínimo garantizado (de 200 a 240 dinares tunecinos según los oficios) y un consumo anual de 585 dinares, es decir 1,6 DT diarios, o lo que es lo mismo algo menos de 2 \$ del año 2005, pertenece a la clase media (!).

Nadie ignora que el PIB mide únicamente el crecimiento económico. Este tiene, sin embargo, efectos desiguales, según el contexto, en el desarrollo humano. La necesidad de tener en cuenta las diferencias del coste de la vida en los distintos países ha llevado a las instituciones internacionales a utilizar la paridad de poder adquisitivo (PPP, *purchasing power parity*), una tasa de cambio que permite convertir los precios a una moneda única, expresando así la realidad de los poderes adquisitivos de las distintas monedas y autorizando con ello las comparaciones internacionales del PIB y de la renta. Una de las críticas que se le hacen se refiere a la composición del “cesto” de referencia de los cálculos, que puede incluir varios miles de productos. La apertura y la dolarización parcial de las economías de países como Argelia o Egipto ha producido contrastes en los precios de tal calibre que los promedios apenas conservan un valor meramente indicativo. En el último país, a la vez que los indicadores económicos anunciados en 2008 resultan más que satisfactorios (el crecimiento de la producción industrial supera el 6%), estallan motines del pan. En Argelia, el engorde de las reservas de divisas, a raíz del aumento de los precios del petróleo y del plan de relanzamiento económico, no ha impedido que se intensifique la emigración clandestina y que estallen motines en distintos puntos del territorio, con consignas generalmente referidas al empleo y a la vivienda<sup>4</sup> (al margen de pretextos varios), aunque no pueda dejar de tenerse en cuenta también el contexto político para captar todo su significado.

También se reprocha al PIB que no tome en consideración la contribución del trabajo doméstico ni la del voluntariado (asociaciones...), y sobre todo el trabajo informal que tiende a estructurar a las economías del Sur y a imprimir más o menos directamente su sello en las del Norte. Según el FMI, las actividades informales representan el 44% del PIB de los “países

---

<sup>4</sup> A menudo, las concentraciones, marchas y manifestaciones de ira de las poblaciones expresan una voluntad de control popular sobre las asignaciones de viviendas sociales o de locales profesionales, frente a las prácticas clientelistas de los poderes locales, todavía muy vigentes.

en desarrollo”, el 30% en las “economías en transición” y el 16% en los países de la OCDE (FMI, 2002). Debido a estas razones, si el indicador del crecimiento del PIB resulta pertinente para un país o un grupo homogéneo de países, lo es mucho menos cuando se trata de comparar conjuntos muy desiguales. ¿Qué nos dice este indicador sobre la evolución de las disparidades en el Mediterráneo? Aunque la fractura más importante atraviesa el Sáhara, una divisoria de acusada desigualdad de la renta recorre el Mediterráneo de oeste a este (las  $\frac{3}{4}$  partes del PIB a PPA se producen al Norte de esa línea). Las orillas meridional y oriental contrastan por su heterogeneidad entre, por un lado, una Europa mediterránea homogénea (con la salvedad de los Balcanes occidentales) y, por otro, el conjunto de las monarquías petroleras árabes asimismo homogéneas en su opulencia. La evolución de los PIB (a PPA) a lo largo de treinta años, de 1974 a 2004, muestra que aunque el Mediterráneo se ha hecho globalmente más rico o más productivo, la brecha entre orillas se ha agrandado (sin duda en mayor medida que en la región del Caribe o en los “mediterráneos” asiáticos), y que la homogeneidad de los niveles de renta se ha acentuado en el Norte tanto como se ha reforzado su heterogeneidad con respecto a la ribera meridional (B. Semmoud, 2006).

Los indicadores alternativos responden a dos críticas principales: el punto de vista del desarrollo sostenible y la dimensión humana del desarrollo, que son, precisémoslo, interdependientes.

▫ El primero ha producido indicadores llamados **PIB verdes**, inspirados en los trabajos de Nordhaus y Tobin (1973), entre ellos el GPI (*Genuine Progress Indicator* o indicador de progreso real), elaborado por la asociación californiana Redefining Progress. Añade al PIB la contribución del conjunto de los sectores no mercantiles (trabajo doméstico y asociativo) y sustrae de él los costes relacionados con la degradación del medio (contaminaciones de distinta naturaleza) y el agotamiento de los recursos, las desigualdades de rentas, los accidentes y las catástrofes, las pérdidas de tierras agrícolas, los efectos de la movilidad pendular ocasionada por la expansión de la urbanización y el subempleo (Talberth, Cobb y Slattery, 2007). Elaborado para los Estados Unidos, este indicador tiene vocación de universalizarse aunque hasta ahora sólo se haya utilizado en unos pocos países desarrollados. El mismo tipo de preocupación subyace en los indicadores empleados por las instituciones internacionales, como los once indicadores de desarrollo sostenible de la Unión Europea<sup>5</sup>, cuya síntesis, según los autores, se debe manejar con prudencia; también el *ahorro neto ajustado* del Banco Mundial<sup>6</sup> o la muy medioambiental *huella ecológica*<sup>7</sup> (Bovar *et al.*, 2006).

Estos indicadores alternativos globales podrían ser de gran ayuda en los países del Sur del Mediterráneo, donde todos los sobrecostes apuntados son hoy una realidad. Su consideración moderaría el entusiasmo de los políticos ante la realidad de un PIB reducido a la mitad o aún más<sup>8</sup>.

▫ Sin embargo, lo que preocupa sigue siendo la elaboración de indicadores que sean inmediatamente funcionales en un contexto de datos escasos o inadecuados. Actualmente, el

---

<sup>5</sup> Los indicadores faro de desarrollo sostenible definidos por la estrategia de la Unión Europea son: la tasa de crecimiento del PIB per cápita, las emisiones totales de gases de efecto invernadero, la parte que representan las energías renovables en el consumo interior bruto de energía, el consumo energético de los transportes, la productividad de los recursos, el índice de abundancia de las poblaciones de aves comunes, la pesca más allá de los límites de seguridad, la esperanza de vida saludable, la tasa de riesgo de pobreza después de transferencias sociales, la tasa de empleo de los trabajadores de más edad (de 55 a 64 años) y la ayuda pública al desarrollo.

<sup>6</sup> Es el exceso de recursos obtenidos una vez compensada la disminución del capital natural, humano y económico,

<sup>7</sup> Elaborada por Mathis Wackernagel, de la Universidad de Vancouver, corresponde a la superficie de tierra y de océano necesaria para el consumo de una población y para la asimilación de sus desechos.

<sup>8</sup> Calculado para el período 1950-2000, el crecimiento “real” habría sido de 1,47% en el caso de Australia, frente a un crecimiento del PIB, en \$ USA de 2004, del 3,86%; en Estados Unidos la desviación sería bastante mayor.

criterio que domina en los países del Sur es el del desarrollo humano. Las mejoras aportadas por el **IDH** permiten reajustes y comparaciones fecundas. Inspirado en los trabajos de Amartya Sen, concretamente en su teoría de las capacidades (*capabilities*), que sostiene que la pobreza no se reduce a la cuestión de la renta monetaria, se trata de un indicador sintético. Por su concisión y precisión ha resistido a distintas críticas y mejoras que han pretendido precisar el contenido operativo del concepto de capacidades. Con este fin, han proliferado los indicadores cuya combinación más o menos compleja da lugar a índices compuestos de bienestar, nivel de vida y calidad de vida, movilizandolos criterios no tomados en cuenta por el PIB (bienestar, distribución de la renta...) e integrando las dimensiones sociales, políticas y medioambientales (Bérenger y Chouchane, 2004). El examen de la evolución del IDH a lo largo de tres décadas confirma la fractura mediterránea, no obstante los progresos de los países del Sur, y los valores máximos alcanzados por los del Norte. La originalidad radica en el hecho de que en el Norte la homogeneización en torno a los niveles más elevados (alrededor de 0,9 en 2002) ha sido continua, mientras que la convergencia en el Sur se ha ralentizado considerablemente a partir de mediados de los años 80. Este freno puede estar indicando que los avances del IDH se deban más a las políticas públicas en materia de salud y de educación que a un incremento de la renta de las poblaciones: el freno de los años 80 guarda relación con la reducción, desigual según los casos, de los recursos financieros de los estados y con su *desresponsabilización*, diferenciada en el tiempo, en perfecta concordancia con los planes de ajuste estructural aplicados en cascada en los distintos países de la región.

### ¿Qué significa ser “pobre” en el Sur y en el Este de la cuenca mediterránea?

El objetivo permanente de establecer comparaciones internacionales sirve más para poner de manifiesto las desigualdades que la propia pobreza.

El IDH está en el origen de los índices de pobreza humana. El título del informe anual del PNUD de 2008 (“El reforzamiento de las capacidades”) expresa la superación de una definición de la pobreza reducida a su dimensión monetaria, en aras de una consideración en términos operativos del concepto de capacidades de A. Sen, especialmente del acceso a los “recursos” y sobre todo la transformación de éstos en “funcionamientos”<sup>9</sup>. De manera más general, el Observatorio de las Desigualdades francés define tres tipos de aproximación a la pobreza: la monetaria, por el nivel de ingresos; la administrativa que se refiere a las ayudas destinadas a los pobres; y la sociológica que se interesa por las privaciones o incapacidades para satisfacer ciertas necesidades.

La atención prestada a la pobreza se debe a la preocupación de los poderes públicos por asegurar la cohesión social (en Francia, por ejemplo) o la estabilidad política y social (como en Egipto), expresiones distintas de la necesidad de regular los mecanismos del liberalismo generalizado a ambos lados del Mediterráneo y –para las instituciones de Bretton Woods– de atenuar, en el Sur, los efectos sociales desastrosos de los planes de ajuste estructural (equipamientos sociales en infraestructuras básicas, resorción del hábitat precario). La comparación entre las dos orillas es delicada, por las fuertes diferencias en la apreciación de las privaciones por parte de las propias poblaciones, así como en la realidad de los ingresos que se necesitan para satisfacerlas. El umbral de pobreza en 2005 se situaba en Francia en 817 euros mensuales por persona, y por debajo de él quedaban 7,1 millones de personas, o sea el 12% de la población; en Egipto el umbral era de 348 libras egipcias, es decir 60 \$ de 2005, afectando a 36 millones o lo que es lo mismo 52% de los egipcios, en contraste con los menos de 15 millones de pobres reconocidos por el gobierno egipcio.

---

<sup>9</sup> “La pobreza no se reduce a las dificultades financieras por falta de dinero: consiste igualmente en una falta de acceso a los recursos esenciales y afecta a la salud, la educación, la seguridad y las posibilidades de participación en la vida política de las personas” (PNUD, 2008).

La complejidad de la noción de pobreza, unida a las diversas formas que reviste según el nivel de desarrollo de sus distintos contextos, ha conducido al PNUD a multiplicar los umbrales de pobreza, distinguiendo prioritariamente entre países en desarrollo (1 \$, 2 \$ y umbral nacional de pobreza) y países de la OCDE y de la Europa del Este (4 \$, 11 \$ y 50% de la renta mediana). Estos umbrales se complementan con tres criterios que precisan la dimensión de la pobreza humana, cuyos contenidos concretos difieren también según los contextos: la *probabilidad al nacer de no alcanzar la edad* de 40 años en los PVD y los 60 años en los países desarrollados; el *analfabetismo de los adultos* en el primer caso y el *iletrismo* en el segundo; el porcentaje de *población sin acceso regular a un punto de suministro de agua acondicionada* y el de *niños con insuficiencia ponderal*, así como un indicador de *acceso a los servicios de salud* cuando se dispone de él; por último, el porcentaje de *población que vive por debajo del umbral de pobreza* en los PVD y la *tasa de desempleo de larga duración* en los países desarrollados.

La comparación de la pobreza monetaria a ambos lados del Mediterráneo revela la percepción muy diferente de las necesidades por satisfacer: mientras que en los países del Sur las necesidades vitales se limitan por lo general a las calóricas, al acceso a un agua saludable y algunos servicios básicos, en Europa las carencias tienen que ver con la calefacción adecuada de la vivienda, la compra de ropa y la disposición de cuarto de baño interior.

Estas dos maneras tan contrastadas de apreciar la pobreza no dan cuenta de la diversidad existente en el seno mismo de casi todos los países en desarrollo, desde los más pobres a los que disponen de importantes recursos y que han alcanzado más precozmente los “Objetivos del Milenio” en materia de lucha contra la pobreza, al menos en su forma extrema. Corroboran la desigualdad de las condiciones de existencia de los seres humanos.

Los datos disponibles sobre la pobreza monetaria en el Sur y el Este del Mediterráneo son fragmentarios y a menudo anticuados, y no permiten comparaciones exhaustivas. Los estudios realizados en los distintos países, primero bajo los auspicios del Banco Mundial y después con la ayuda casi constante del PNUD, muestran que tienden a adoptarse los umbrales de esta última institución. Éstos parecen menos alejados de la realidad de la pobreza que los umbrales nacionales definidos por los propios países en cuestión que tienden claramente a subestimarla, como muestra el caso extremo de Egipto que da una proporción de 16,7% de pobres cuando 44% de sus habitantes vivían en 2005 con menos de 2 \$. Es verdad que la pobreza absoluta o extrema, cifrada en 1 \$ por persona, casi ha desaparecido<sup>10</sup>, cuando en los años 90 se había incrementado en mayor o menor medida según los casos, pero cabe preguntarse por la pertinencia de este umbral habida cuenta la contracción severa o supresión pura y simple de las subvenciones públicas a los productos de alimentación y la liberalización generalizada de los precios de los artículos de consumo: en Argelia, sólo el pan y la leche siguen estando subvencionados. En Egipto, el precio del pan casi se había duplicado en un año, antes de los motines de abril de 2008, y otro tanto ha ocurrido con la mayor parte de los productos alimentarios básicos y servicios esenciales como los transportes colectivos. Ahí donde existe un dispositivo de ayuda a los más desfavorecidos, como en Argelia, donde el subsidio de solidaridad se elevaba a 33 dinares argelinos diarios por persona en 2005 (algo más de 1 \$), éste apenas permite escapar a la pobreza extrema. Un caso particular es el de los Territorios Palestinos ocupados, especialmente por los cierres reiterados a los que son sometidos y la interrupción de la ayuda internacional: cerca del 40% de sus poblaciones pobres no tienen posibilidad alguna de escapar a la pobreza, que afecta a cerca del 60% de la población (500 \$ por hogar de 6 miembros, o sea 2,7 \$ diarios por persona) y 30% en su forma extrema (257 \$), una pobreza más acuciante en Gaza que en Cisjordania y Jerusalén-Este.

---

<sup>10</sup> No obstante, tres países árabes no mediterráneos siguen teniendo más del 15% de sus poblaciones en situación de pobreza extrema: Yemen, Sudán y Mauritania.

El manejo de los umbrales puede dar pie a resultados ilusorios, en la medida en que un ligero cambio en el umbral adoptado puede convertir en agravación una situación de aparente estabilidad: en Francia la proporción de pobres se multiplica por dos si se utiliza como umbral de definición el 60% de la renta mediana, en lugar del 50%. El Observatoire National de la Pauvreté et de l'Exclusion Sociale ha puesto de manifiesto que, aunque el número de pobres no ha aumentado recientemente, su situación ha empeorado<sup>11</sup>. El umbral de pobreza no es más importante que la situación de quienes están por debajo de él.

La aproximación en términos monetarios sigue siendo difícil de precisar, por los problemas que existen para cuantificar los ingresos reales, dada la extensión del sector informal en la economía que hace inoperante la noción de paro, al margen de las manipulaciones estadísticas de las que ésta última es objeto por parte de los organismos oficiales. Cuando ha habido descenso de las tasas de paro, ha sido por creación de empleos provisionales y a tiempo parcial, o bien por la extensión del trabajo autónomo<sup>12</sup>. La evaluación de esta transformación del empleo –a la que tampoco escapa, como es sabido, la orilla Norte–, generadora de trabajadores pobres, puede dar cuenta de la precarización y el deterioro de las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población. En estas condiciones, el empleo deja de ser una forma eficaz de lucha contra el subdesarrollo: en la ribera Norte, Francia cuenta con más de 4 millones de trabajadores precarios, y 1,3 millones de activos tienen ingresos inferiores al umbral de pobreza; en el transcurso de veinte años, el trabajo parcial se ha duplicado con holgura.

En Argelia, exceptuados los hidrocarburos, el sector privado se ha erigido en mayoritario en la actividad económica, pero su participación en las contribuciones sociales no pasa del 7 o el 8% debido a la generalización de las prácticas informales. El maestro egipcio que ejerce de taxista no es una simple anécdota; hoy en día, tener un segundo y hasta un tercer empleo informal es algo frecuente. El empleo informal afectaba a 1,9 millones de marroquíes a comienzos de los años 2000, es decir más de la quinta parte del empleo total. La cohabitación forzosa (crisis de la vivienda, bajos ingresos), así como la residual de carácter tradicional, dificultan el conocimiento preciso de la participación de cada núcleo familiar y más aún de cada individuo en los gastos de consumo, enmascarando con ello o difiriendo la manifestación de la pobreza.

La evolución reciente es más inquietante que los propios valores absolutos y relativos, particularmente por la rapidez y el alcance del deterioro de los niveles de vida de las categorías más vulnerables y de las clases medias. El término empobrecimiento ya no resulta en absoluto inconveniente para calificar la evolución de las últimas. En sólo unos años, cerca de 8 millones de egipcios han caído por debajo del umbral de los 2 \$. La evolución corre pareja con una desigualdad muy acusada en la distribución de la renta en este país: el 20% más rico de sus habitantes concentran 43,6% de la renta, frente al 8,6% que corresponde al 20% más pobre. Esta desigualdad no es mucho mayor que la que se registra al Norte del Mediterráneo<sup>13</sup>, pero se agrava por el bajo valor absoluto de los ingresos.

La apertura y extensión de los intercambios internacionales han desmantelado en Argelia (y golpeado severamente en Marruecos y Túnez a) los aparatos productivos locales, suscitando una expansión de las necesidades de consumo, satisfechas a golpe de endeudamiento<sup>14</sup>. Tres de cada cuatro marroquíes están endeudados, en su mayor parte urbanos: disponen de un 30% de sus salarios, una vez atendidos los pagos de sus deudas; en

<sup>11</sup> Informe de 2007-2008 del l'Observatoire National de la Pauvreté et de l'Exclusion

<sup>12</sup> Y por el cómputo parcial del trabajo informal, sin que ello se haga explícito en las fuentes oficiales.

<sup>13</sup> Hay que llegar hasta los países escandinavos para encontrar contrastes más moderados.

<sup>14</sup> La evolución del modelo de consumo es una realidad, pero su amplitud es producto de un artificio, en el sentido de que es estimulada sobre todo por la apertura de las economías a productos baratos y la generalización del acceso al crédito, y no generada por una verdadera elevación del nivel de vida, al menos para la mayoría de la población.

2007 la tasa de endeudamiento alcanzaba el 45% para los marroquíes con ingresos inferiores a 3.000 dirhams. La misma bulimia de créditos se apodera de las poblaciones argelinas de todas las categorías sociales. Una nueva forma de pobreza se perfila con un modelo de consumo que privilegia los accesorios materiales de la modernidad a expensas de la alimentación o incluso del acceso a la atención sanitaria.

Uno de los criterios utilizados para apreciar la pobreza humana es el “acceso al agua salubre”. Para el PNUD y el Banco Mundial esta información se refiere a la “población que dispone de acceso regular a puntos de suministro de agua acondicionados”. Por acceso regular se entiende la posibilidad de procurarse un mínimo de 20 litros diarios por persona, a partir de un punto de abastecimiento situado a menos de un kilómetro de la vivienda (Informe del PNUD). Esto significa, en zonas urbanas, que exista una fuente o terminal pública a menos de 200 metros de cada casa, y en zonas rurales, que ningún miembro del hogar deba dedicar una parte demasiado grande de su jornada a ir a buscar el agua (Informe del Banco Mundial).

Esta definición carece de sentido para los países de nuestra región, cuyas poblaciones tendrían acceso al agua en unas proporciones que van del 81% en Marruecos al 100% en Líbano y Jordania: una situación favorecida si se compara con la tasa media de los países en desarrollo, que se estima del 65%. Sí tiene sentido para los países que soportan las mayores carencias, por lo demás exteriores a la región: Mauritania, Sudán y Yemen. Sin embargo, la evolución de las necesidades ha hecho que para las poblaciones sud-mediterráneas la idea de acceso al agua se asocie inseparablemente a la conexión con una red pública. Así, podemos calibrar la importancia de los progresos registrados a este respecto, pero también las fuertes disparidades, desigualmente persistentes, entre ciudades y campos:

#### **Acceso a una red pública de agua potable y saneamiento según los censos nacionales (% de viviendas u hogares)**

	Agua			Saneamiento		
	Total	Población urbana	Población rural	Total	Población urbana	Población rural
<b>Egipto</b>						
Censo 2006	86*			46,5		
Censo 1996	62	87,6	39,8	22	48,1	10
Censo 1986	43,4	68,7	19,3		41,2	
<b>Túnez</b>						
Censo 2004	77,7	98	52	53,4	75,4	4,8
Censo 1994	68,2	93	23,8	37,5	56,9	1,8
Censo 1982	49,4					
Censo 1966	14,8					
<b>Marruecos</b>						
Censo 2004	57,5	83	18	48,6	79	1,7
Censo 1994	43,8	74,2	4		30 ?	

\* El censo egipcio contabiliza igualmente a las familias que disponen sólo de una conexión colectiva en su edificio, cuya inclusión eleva la tasa de acceso al agua al 96,5 % en 2006.

Fuente: B. Semmoud y E. Denis (2002), completado con los datos de los últimos censos.

Las diferencias son aún más importantes en lo que respecta a los datos sobre el saneamiento, a propósito de los cuales únicamente la ausencia total o la falta flagrante de mantenimiento son excluyentes para los organismos internacionales. Según éstos, todos los países mediterráneos tienen tasas superiores al 70%. En este ámbito, las desigualdades entre medio rural y medio urbano son aún mayores. Por otra parte, la mayor lentitud de las mejoras en materia de saneamiento suscita con fuerza la cuestión de la protección del medio ambiente y en particular de los recursos hídricos.

Este ejemplo confirma el interés de poner a punto indicadores espacializados, según el medio de vida pero también por conjuntos geográficos, al menos a escala regional o

provincial, para permitir, como hacen los datos de Eurostat, un seguimiento de las desigualdades territoriales en materia de renta y de condiciones de vida.

### **Conclusión**

Al margen de la apreciación que se tenga del contenido de los indicadores (criterios y definiciones) y de que en ellos inciden mecanismos que debemos diferenciar, parece necesario completarlos intentando captar la diversidad de las manifestaciones sociales que pueden esconder. Así, se podría estudiar la evolución de los grupos sociales por encima y por debajo de unos determinados umbrales, por ejemplo el de la pobreza, y prestar mayor atención a unas clases medias (¿cómo definir las?) que sabemos menguantes, a uno y otro lado del Mediterráneo, a favor de los extremos sociales y en particular del polo más necesitado. Cabe recordar, en este sentido, que la exploración de los márgenes suele informar sobre la esencia de una entidad. Los umbrales estadísticos encorsetan la realidad en lugar de ilustrarnos sobre ella a menos que los consideremos como lo que son: eslabones fluidos en trayectorias progresivas o regresivas.

### **Bibliografía:**

Banque mondiale (2008), *Rapport sur le développement dans le monde*, 2008.

Bérenger V. y Verdier-Chouchane, A. (2004), « Evolution du niveau et de la qualité de vie dans la zone euro-méditerranéenne : une analyse multidimensionnelle de la pauvreté », *Economie appliquée*, tomo LVII, n° 4, pp. 5-41.

Bovar, Odile *et al.* (2008), « Les indicateurs de développement durable », *Dossier L'économie française*, 2008, [www.insee.fr](http://www.insee.fr).

Observatoire national de la pauvreté et de l'exclusion sociale (2008), *Le rapport de l'Observatoire national de la pauvreté et de l'exclusion sociale 2007 – 2008*. París, La Documentation française, 208 p.

PNUD (2008), *Le renforcement des capacités. L'habilitation des gens et des institutions, rapport annuel 2008*.

Salama, Pierre y Valier, Jacques (1994), *Pauvretés et inégalités dans le tiers monde*. París, La Découverte, 223 p.

Semmoud, Bouziane (2006), « Les niveaux de développement en Méditerranée : divergences et convergences », *Bulletin de l'Association des Géographes Français*, 3, pp.281-301.

Talberth, John; Cobb, Clifford y Slattery, Noah (2007), *The Genuine Progress Indicator 2006. A tool for sustainable development. Redefining Progress*, [www.rprogress.org](http://www.rprogress.org), febrero 2007.